

ción, y rebosaba actos recrecidos de perfecta unión con Dios. De aquí aquella facilidad en arrojar flechas de purísima intención al corazón de Nuestro Señor en todas sus acciones, uniéndolas al principio con amorosa mirada á las de Jesucristo, ofreciéndose del todo á su servicio, y pidiendo gracia para hacer en todo su beneplácito: así andaba metido todo el día en Dios. *Casi siempre se le veía menear los labios rumiando oraciones, de donde se podía entender que guardaba el consejo de San Pablo: sine intermissione orate* ¹. No entraba vez en su aposento que no se arrodillase á hacer oración ². Esto leemos en los Procesos.

El motivo principal que le espoleaba á obrar se reducía al amor purísimo de Dios. *Obrar por Dios y por su mayor gloria*, era el fin que pretendía en todas sus acciones pequeñas y grandes: *hacer de corazón y con todo estudio cuanto se ofrecta*, era su principal cuidado: *hacer gran cuenta de cosas pequeñas* (maximi facere minima), era todo su afán. No paraba el fruto de sus devociones en el rato que en ellas gastaba: la oración, lectura y comunión le bastaban para andar recogido y en presencia de Dios todo el resto del día, y aun entre las mismas ocupaciones del estudio se hallaba rodeado de divinas ilustraciones. *Observé*, dice Radkai, *que ninguna cosa le sabía bien si no era espiritual; y estaba siempre tan en sí, que en cualquier tiempo y después de cualquiera obra oraba sin embarazo y sin necesidad de previo recogimiento* ³. Cuantos le conocieron aseguraron por cierto que bastaba mirarle, cuando estaba actuado en una ocupación, para entender

¹ Proe. rom., pág. 404.

² Proc. rom., pág. 427.

³ Proc. rom., pág. 508

que lo que le regocijaba era el olor de la divina presencia. *Sin ningún esfuerzo traigo á Dios presente, y con él trato las cosas mas menudas*: con estas palabras declaraba la incesante elevación de su espíritu; y los que tenían conocido el fervor de sus deseos, como el P. Bauters, atribuían lo singular de esta gracia á su puntualísima correspondencia. ¡Cuántas más cosas nos ocultó su modestia! ¡De cuántas mercedes tuviéramos noticia alcanzadas á punta de lanza!

III.

PERO si cosas nos ocultó, no pudo esconder, por ser á todos patente, que durante las recreaciones ordinarias tenía en los cielos su conversación. El que tanto pensaba en Dios, ¿de qué había de hablar sino de Dios? Y aquí cargan de manera los testigos, que parecen concluir que tomó á destajo la tarea de difundir el trato de cosas santas. Penetremos en el interior de los corredores y salas donde solían tener quiete los Hermanos filósofos. Aquí un polaco con un dálmata y un belga; allí un alemán, un portugués, un español; acá un italiano con dos franceses; ocellá otro corrillo; todos revueltos con mucho orden y paz, quier sentados, quier paseando, quier parados, se entretienen santamente hablando un lenguaje celestial y regalado, cual si fueran hombres de otro mundo. Más lejos se divisa un grupo de jóvenes pendientes de los labios de otro y bebiéndole los acentos. Es nuestro fervoroso estudiante que atrae á sí los ojos, y mételos á todos en calor gran-

jeándose atención por las cosas que refiere. El regocijo se pinta en todos los semblantes; unas veces á un dichito suyo vuela la risa festiva por todo el corro; otras la devoción recoge y levanta los pensamientos al cielo; otras la madurez graba sentencias en los corazones. Aquí es donde alarga la rienda á sus fervores y sale de sí de puro afecto. Goza de aceptación universal, porque saben los Hermanos que sobre ser devoto es sincero sin doblez, y sobre practicar cuanto dice, tiene gracia en el decir.

No poco le pena á él ver que la recreación sea obra tan arriesgada, y que muchos salgan de ella con pérdida del fervor, por la facilidad en derramarse demasiado. Pero como ha leído tanto y tantas cosas tiene apuntadas, con la buena retentiva que por dicha le acompaña, cualquier punto que le toquen le empedrará al momento de historietas y ejemplos con que dar interés y avivar deseos de perfección. Expresamente ha extractado un sin número de hechos históricos, muy á propósito para los tiempos de recreo, y muy aptos para inculcar con más provecho las máximas sólidas de virtud. Estas son de todos conocidas, es verdad, pero se les hacen nuevas á todos salidas de su boca, por la particular unción con que las acompaña y esclarece. Es cosa grandemente entretenida y de no poderse tener la juventud, cuando empieza á enhilar anécdotas curiosas, en que pone los perfiles y colores y retrata de cuerpo entero la figura del diablo cuanto tienta á las almas fuertes; otros hechos tiene á mano para despertar anhelos de perfección; otros para describir la gloria de los santos, según lo pidan las circunstancias. Porque nunca perdonó á sudores en razón de acopiar materiales que le dieran

espiritual provecho. Aquí es donde puede justamente gloriarse de tener hecha rica provisión de asuntos espirituales, ni hay punto en esta materia que no pueda corroborar en un tris con ejemplos de familia, como él llama, sacados de las historias de la Compañía ¹.

Para la nobleza de su carácter no hay diferencia entre los que gustan de conversaciones espirituales y los que las tuercen el rostro: sin ser entremetido ni molesto, júntese indistintamente ya con estos, ya con aquellos, y toma pie de un pelillo para introducir cosas de Dios. Con los más adelantados en los estudios sencillamente y sin afectación toca algún punto de filosofía, y á la sombra de una tesis se desliza casi sin sentir en el terreno del espíritu, y allí se instruyen y recrean todos agradablemente con él. Con los menos adelantados, su misma superioridad le da franco paso para entablar conversaciones edificantes, y en ellas nunca se sale de los términos de la humildad religiosa, ni da en el escollo de engendrar pesadumbre ².

Con sus trazas muy bien logradas, pudo dejar escrito á manera de triunfo estas notables palabras: *Desde que estoy en Roma, solas dos veces encontré dificultad en meter cosas espirituales. No que la causa naciera del poco gusto de los Hermanos, sino más bien del número excesivo que se agolpaba, y en estos casos es irremediable que pase por varios capítulos la conversación. Mucho más fácil es tratar de Dios entre pocos, que cuando el grupo es numeroso* ³. La experiencia le había enseñado que era preferible la

¹ Proc. rom., pág. 425.

² Proc. rom., pág. 524.

³ Proc. rom., pág. 277.

compañía de dos, ó tres á lo sumo; y así aconsejaba lo hicieran los que estaban de su parte.

Tan á pechos tomó la empresa, y tan bien frisaba con su espíritu, que solía decir: *Si algo hay que pudiera ponerme enfermo, sería no encontrar con quien tratar cosas de espíritu*. Esquivaba de tocar asuntos profanos. Si el tema torcía tantico, se mesuraba severamente sin amohinarse por eso, y no despegaba los labios hasta que la conversación volvía á entrar en sus términos debidos. *Solamente quería hablar, dice Alfaroli, de cosas espirituales, ó de literatura, y daba esta razón: dos condiciones ha de tener un hijo de la Compañía, debe ser espiritual y docto, para lo primero sirve el conservar de cosas santas, para lo segundo el discurrir sobre ciencias y erudición; lo que de estos límites sale no dice con nosotros: yo no quiero malgastar en eso el tiempo*¹.

Lo sabían los Hermanos, y si acontecía llegar él en momentos en que la conversación había dado vueltas por esos mundos de Dios, al verle venir decían por lo bajo: el Hermano Berchmans hará aquí el desentendido. Es notable el caso siguiente. Paseaban por la huerta dos Hermanos durante la quiete. Ven de lejos que asoma Juan, y concertándose entre sí comienzan, para probarle, á entablar razonamiento sobre una guerra que traía entonces sobresaltados los ánimos. Llega él, y disponíase ya á terciar; pero ellos con disimulo afectaron proseguir el asunto concertado. Al oír aquel tumulto de tropas, jefes, armas, refriegas, cruzóse de brazos, bajó los ojos, y sin dar nada á entender, yendo y viniendo con ellos de-

¹ Proc. rom., pág. 429.

jaba rodar la conversación por aquellos campos sin abrir la boca, esperando á ver en qué paraba el diálogo. Pero con el fuego de la guerra parecían encenderse los dos, y si no le hacían preguntas directamente, con ademanes y gestos volviéndose á él de vez en cuando sometía cada uno á su aprobación su manera de pensar. El sainete no le pudo arrancar palabra: visto lo cual no pasaron más adelante, y edificados y satisfechos con la prueba, le confesaron la farsa que le habían querido armar, y que, pues con él no valían farsas, continuarían de veras, si era gustoso, la conversación espiritual que de burlas habían interrumpido¹.

Un Hermano filósofo deseoso de cultivar la literatura aprovechaba los días de vacación para leer poesía. Encontróle el Hermano Berchmans con un poeta latino en la mano paseando por el jardín. Oiga, Hermano Juan, el pasaje de esta oda, y dígame si no le parece divino. Linda es la pieza—respondió el Santo Hermano—no hemos de negar que los latinos entendieron la verdadera poesía, y que remontaron el vuelo muy alto, aun á pesar de los indignos argumentos que trataron... *A las pocas frases se halló engolfado en cosas espirituales, y el joven sin echarlo de ver agradablemente entretenido y pagado con el logro de tan feliz encuentro*².

No eran solamente los jóvenes los que disfrutaban las dulzuras de su trato; también á los padres más graves tocábales parte de su espiritual conversación. De gran peso es la autoridad del P. Cornelio Alápide en este incidente que nos transmitió. *Después de comer y cenar,*

¹ Proc. rom., pág. 400.

² Proc. rom., páginas 423-506.

dice, *solia pasar el rato conmigo en la casa de campo recreándome en el Señor y tratando de cosas buenas y provechosas, por lo común de nuestro Instituto, de que era gran celador. Poco antes de su muerte, yendo á visitar la Iglesia de San Pablo, llamada de las Tres Fontanas, no tuvimos más conversación en todo el camino que de virtudes y perfección; y no la llevaba, cierto solamente en la boca, como luego se vió. Porque deseando yo visitar, al salir de San Pablo, la basílica de San Sebastián, tomé la delantera para obligarle á seguirme los pasos. Al llegar enfrente de la basílica se me para de improviso, y la cabeza descubierta y los ojos bajos me hace ademán de volver atrás. ¿Qué tiene mi carísimo Hermano?—Padre, respondió humilde y mansamente, pienso que no llegamos á primera mesa si no volvemos inmediatamente por donde vinimos. Cai en la cuenta, y tomamos en efecto la vuelta de Frascati, pues era día de asueto. Acabada la comida, creyó él que yo volvería al colegio en seguida, y vino á decirme que podría tomar otro compañero, que él no tenía licencia para entrar tan temprano. Mas yo, á trueque de regalarme con su conversación me quedé allí, y pasé con él largo rato con mucho provecho mio hasta tramontar el sol. Cuando hombres como el P. Alapide se prendaban grandemente de oírle, bien podemos concluir que tácitamente le graduaban por doctor en la divina ciencia de los santos.*

IV

VA que de Frascati hablamos, razón será darla de las célebres *Academias espirituales*, como se las llamó, organizadas por nuestro fervoroso Berchmans, cuando estaba todavía arriba en el Retiro. Eran escuelas de celestial sabiduría, donde se juntaban los jóvenes á conferenciar entre sí familiarmente, y á comunicarse los deseos de aprovechar en la virtud. Tres fueron las suertes de palestras espirituales promovidas por el Santo para renovación del fervor. La primera se reducía á referir cada uno de los académicos por espacio de una hora casos tocantes á la historia eclesiástica, tomada la materia en los anales del Cardenal Baronio. Presidíala el Padre Camilo Gori, con cuya ausencia degeneró y del todo se perdió ¹. La segunda fué la que llamaron de Juan Gerson, á quien se creía entonces autor de la *Imitación de Cristo*, y consistía en leer después de la comida por una hora entera varios capítulos de Kempis, razonando y confiriendo sobre ellos ²: nuestro Hermano Juan la promovía con mucho ardor; pero presto se acabó, ó digamos, se mudó en mejor dando lugar á otra de más ancha esfera y de mayor importancia que duró después de su muerte, y aún está en vigor en el día de hoy entre los escolares de la Compañía.

Venía á ser en su origen, tal cual la fundó el Santo, una reunión de jóvenes, que de tres en tres

¹ Proc. rom., pág. 465.

² Proc. rom., pág. 429.

ó de cuatro en cuatro, y más á veces, en días de vacación, se juntaban á discurrir sobre una virtud, que para común utilidad se determinaba de antemano á mayor suma de votos. Los superiores veían con satisfacción el orden de estas colaciones. El punto de reunión era la sala de la casa de campo que daba encima de la capilla ¹. Para el mejor acierto se nombraban cuatro Hermanos que expusieran fácil y sencillamente la materia señalada. El primero abría la Academia con la definición de la virtud propuesta, é indicaba en seguida las reglas y textos del Instituto que la recomiendan. El segundo señalaba los actos interiores y exteriores de la dicha virtud. El tercero extendía los motivos que inducían á practicarla. El cuarto proponía los medios de adquirirla, y confirmaba todo el discurso con ejemplos de santos que la ejercitaron. Acabada la conferencia, dábese libertad á quienquiera para tomar la palabra acerca de la materia ventilada; y, finalmente, se fijaba por votos el asunto de la próxima reunión. Como nuestro santo mozo andaba tan solícito porque se hiciera debidamente, puso por escrito las reglas de este ejercicio, aplicándolas á la humildad y paciencia. Remitiólas á Jerónimo Longino, que fué quien le sucedió en la presidencia de tan santas pacomias ².

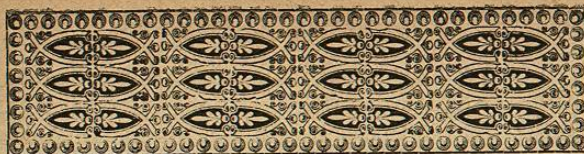
Utilísima institución, que con pocas modificaciones se ha felizmente perpetuado hasta nuestros días, y se practica mayormente en los noviciados de nuestra Compañía. ¿Qué hay de más bello en el mundo como en una tarde de primavera, en las matizadas hondonadas de un valle, ó en las verdes

¹ Proc. rom., pág. 402.

² Proc. rom., páginas 241, 277, 402 y 432.

laderas de un cerro, ó en los perfumados jardines de una granja, ver tranquilamente acampada la religiosa juventud, alegre como los ángeles, modesta como los santos, consagrandose con elevaciones de espíritu el inocente placer que la naturaleza ofrece á sus sentidos? Allí, juntos todos los corazones en uno con vínculo de purísima caridad, animados del mismo anhelo de perfección, alentados con pensamientos de fe, guiados por un grave y prudente maestro, son conducidos á los pastos del espíritu y á las fuentes del agua viva, y beben, y se refocilan y se esfuerzan con nuevos alientos á subir al escarpado monte de la santidad. ¡Poco entiende de verdadero gozo el que no ha presenciado estas reuniones, donde los llamados á boca llena Hermanos provocan con ejemplos y palabras al amor de las virtudes, deshacen las dificultades de los vicios, responden por su orden á las edificantes cuestiones propuestas! ¡Cómo vibran allí los afectos! ¡Cómo todo sabe á gloria! Cuando cada uno deposita en la confianza de los demás sus propios sentimientos, y son éstos aplaudidos y apoyados más con obras que con palabras. Cuando todos aspiran á no ser menos que sus mayores, y se excitan á seguir sus huellas, y se visten de sus armas, y puestos ante la vista los ejemplos de los padres, despiertan en los hijos las voluntades remisas, y se encienden las alentadas, y se ponen espuelas á los que corren, y estímulos á los que vuelan, y todos se dan prisa, y se abrazan, y ofrecen á la conquista del reino de Cristo. ¡Muy menguado parece el mundo mirado desde estas alturas, con esta luz, con estos ojos! En medio de una familia numerosa y regocijada se tiene un remedo de la bienaventuranza y se siente el gozo de sus pacíficos moradores.

Pues tan inestimable dicha, que hartas veces hemos disfrutado, la debemos á las industrias de nuestro ferviente escolar, quien si tiene singular derecho á nuestra admiración por haberla discutido, no le tiene menor á nuestra gratitud por habernos hecho de ella participantes.



CAPITULO IX.

EL BENJAMÍN DE MARÍA INMACULADA.

- I. Juicio del P. Cepari.—Sentencias.—Favores de la Virgen.—Correspondencia de Juan.—La Coronita de las doce estrellas.
- II. Visitas á los Santuarios de María.—Conversaciones y desafíos.—Su afición al misterio de la Concepción Inmaculada.—Voto de escribir sobre este misterio.—Voto de defenderle.—Juicio del Card. Belarmino.
- III. Dictámen del P. Lugo sobre el poder de su valimiento en esta parte.—De dónde le pudo nacer esta devoción.
- IV. Devoción á San José.—A otros Santos.—Carta interesante.

I

SOLÍA decir S. Francisco de Borja que poco esperaba él de un hijo de la Compañía que no dedicara todas sus fuerzas á honrar á la Madre de su divino Capitán. ¡Qué dijera el santo General de este fervorosísimo devoto de María, cuando de los muchos que testificaron acerca de sus virtudes ni uno apenas hay que no cuente con admiración el grande amor que tuvo á la Madre de Dios! Largo fuera poner sus nombres¹. Basten las palabras grandiosas con que el P. Cepari significa su asombro, imitando si no copiando el sentimiento de su maestro de novicios, que es como

¹ Proc. rom., páginas 469-504. 457 470-533.